

Cambiando tus reglas

Violeta Boyd

Cambiando tus reglas



1

TENGO UNA CITA

—¡Murphy Reedus, ven aquí!

¿Alguna vez has hecho algo tan malo que sabes que nada terminará bien?

Bien, entonces estamos en la misma patética y precaria situación.

—¡Murphy Reedus!

Desearía que esos gritos fueran de mi papá despertándome para ir al colegio. Ya saben, como los inicios de esas novelas juveniles rosa donde la protagonista despierta escuchando el despertador y por arte de magia lo lanza contra la pared. ¡Oh, claro! Siempre terminan destruyéndolo como si tuviesen una fuerza descomunal. O simplemente, cuando un ser querido la despierta diciendo: «Faltan dos segundos para entrar al colegio». Luego, el personaje principal sale corriendo a toda velocidad por los pasillos y choca con la persona con quien tendrá una ardiente historia de amor, llena de humor y drama.

Pero no.

Ese no es mi caso.

Esos gritos provenientes de un ser humano hilarante, comprensivo, tolerante y lleno de amor hacia sus empleados que trabajan arduamente en una cafetería ubicada en el centro de la ciudad. Ese ser que, después de una larga y agotadora jornada laboral, agradece todo el esfuerzo. Este ser humano es una mujer, una que sonrío con cariño a sus clientes, pero al girarse se transforma un demonio que quiere matarlos a todos. Esa es mi querida jefa, Penny. O como suelo apodararle: *La mano derecha de Lucifer*.

—¿Diga, jefecita?

Lo sé, *jefecita* es demasiado, pero esa palabra suele calmarle su humor de perro.

A principio del año pasado, cuando empecé a trabajar aquí, ella actuaba como Teresa de Calcuta, pero con el tiempo su personalidad se fue transformando hasta que se convirtió en un dragón que escupe fuego. Mis amigas y compañeras de trabajo, Dell y Thiare, dicen que es la menopausia. Yo digo que es falta de diversión. Y no, no me refiero a sexo, querido lector con mente de alcantarilla. Me refiero a que le falta leer un poco más.

—¿Estabas leyendo de nuevo a escondidas? Murphy, sabes que lo odio. Odio todo lo que alimenta la esperanza y sueños.

—No, estaba colocándome el uniforme. El otro lo manché.

Mentira, efectivamente estabas leyendo. ¡Sabes que a Plutón no le gustan las mentiras!

Silencio, conciencia mía. Solo es una pequeña mentira para salvar nuestro paliducho trasero. Y Plutón es un personaje literario de mi saga favorita, no lo metas aquí.

Con una mirada de policía rabioso, la jefa examina mi rostro buscando mi mentira.

Confesaré algo que sonará bastante raro, sobre todo viniendo de una chica que no tiene cosas lindas que decirle a su jefa, pero apostaría todos los libros del planeta que Penny Oldman, la mujer de hierro, la jefa de la cafetería, la dictadora indoblegable, fue un imán de admiradores en el pasado.

Para haber nacido antes de Cristo sigue luciendo bastante bien. Mi jefa es de tez blanca, ojos profundos y azules, de cabello corto y rubio y una nariz puntiaguda que forma un perfil envidiable. Hasta se viste bien. Entonces, ¿qué está mal con ella? Pues nada, solo su humor.

—Bien —dice después de no creerse mi mentira—. Ve a trabajar.

Música gloriosa de fondo, maestro.

Hoy no he recibido ninguna amenaza sobre bajarme el sueldo. Quizás sea mi día de suerte.

Mi lugar de trabajo es apacible, de estilo minimalista mezclado con artesanías en mimbre. No me quejo, no podría, es bastante *genialoso* trabajar en una cafetería. Aunque al llegar a casa lo único que quiero es tomar té porque el olor a café me marea.

Además, difícilmente puedo estresarme trabajando con mis queridas amigas, charlando con los clientes habituales, haciendo *art latte* y comadreando sobre ese particular ser que cada semana trae a beber café a una chica diferente. Por eso, al salir de mi encuentro con mi jefa, salgo esperando encontrarlo en su mesa de siempre, tomando la mano de una dulce joven de largas pestañas y rojos labios.

—¡Allí está de nuevo ese tarado! Qué mente diminuta y enferma tiene.

Thiare, quien limpia el mesón, escupe su comentario. Detesta ver cómo ese mujeriego sacado de teleserie se sale con las suyas con cada ingenua que cae en su discursillo encantador. En una ocasión mi amiga quiso advertirle a una víctima sobre el tipo de hombre que es, pero antes de hacerlo, La mano derecha de Lucifer la frenó diciendo que no debía meterse en asuntos del cliente.

—¿Quién es la desafortunada? —pregunto haciendo un ademán para que me ayude con el desastre de camisa que tengo.

—No lo sé. Parece que cambió sus gustos y ahora se fijó en las pelirrojas. Ten cuidado.

Freddie, Walter, Shaggy, Mike, Chase, Mika, Antony, Ben... y no sé cuántos más, esas son las identidades que el mujeriego de cuarta le ha dicho a cada chica que trae. Siempre cambia de nombre para que no lo busquen. Aunque ya todos nosotros conocemos sus trampas, nadie tiene el privilegio —*tos, sarcasmo, tos*— de conocerlo tanto como yo.

Y lo más lamentable es que coincidimos en el ramo de Expresión Vocal en la universidad.

Nuestro primer encuentro dejó en evidencia lo estúpido que es.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer...

Era mi primer día en la universidad.

Mi respiración se oía entrecortada, en el estómago sentía un hormigueo incesante que revolvía todo mi desayuno. Estaba nerviosa hasta la médula.

En el metro, de camino a clases, todo lo que hice fue devorar mis uñas. Ni siquiera pude leer el nuevo libro que había compra-

do para entonces –y que ya terminé–, ni quise fantasear con mis amantes literarios. Tampoco reaccioné cuando una mujer de avanzada edad me pidió el asiento hasta que las demás personas empezaron a señalarme y regañarme. ¡Dios! Estaba en un trance pretraumático de camino a una nueva vida.

Ellos no comprendían nada.

A la universidad llegué demasiado temprano. Una hora antes de la primera clase, estaba sin saber qué hacer. Para matar el tiempo mordí mi uña, o lo que quedaba de ella. Abaniqué con mi mano mi rostro ofuscado, como si eso sirviera de algo. Miré con paranoia a todo aquel que se me cruzaba.

Necesitaba algo de aire y una buena distracción.

Vi el mundo universitario moverse a mi alrededor. Estudiantes, profesores, algún que otro perro en busca de comida, palomas, hojas desperdigadas por el suelo. Entre los edificios enormes que me rodeaban, una torre gigante destacaba por sobre los tejados. En el centro de esta había una inmensa campana que pensé que servía para alguna emergencia; sin embargo, supe luego que era para anunciar el inicio de las clases, así como en el colegio.

Parecía un buen lugar para relajarme (también para ir a suicidarme en caso de que algo saliera mal en mi primer día).

Al llegar al campanario descubrí que la puerta estaba entreabierta, por lo que no dudé un segundo y entré. Lo primero que me llamó la atención fueron las largas escaleras. Respiré hondo y subí.

Si no bajé de peso con ese inmenso ejercicio, entonces no sé qué más se puede hacer. Por último espero que mi trasero se haya endurecido como el de los deportistas de la televisión.

Luego de unos minutos, donde todo lo que pedí era tener alas o una escoba para salir volando, por fin me encontré con una entrada que daba al ático. De madera, casi a punto de desvanecerse de lo apolillada que estaba, abrí la puerta y me encontré con la campana gigante, que reflejaba mi extenuado rostro. Pasé por un costado para no golpearme la cabeza y cerré la puerta.

¿Ahora es cuando nos da un infarto?, dijo mi conciencia.

Caminé hacia el borde de la baranda para contemplar mejor la universidad. La vista desde las alturas no tenía precio. Todas las personas que transitaban por el campus se veían diminutas. La panorámica era digna de una foto postal. El sol entre las nubes comenzaba a enseñar sus primeros rayos. Era el lugar perfecto. Me acerqué al borde para sentir la brisa en mi rostro y...

—Eh, no te tires.

Mi cuerpo se tensó al escuchar la voz misteriosa. No tenía idea de que alguien me había seguido. Tampoco escuché cuando entró.

—No te suicides, los empleados del aseo no tienen por qué limpiar tu desastre.

¿Ah? ¿Qué es esto? *¿Una escena del libro Violet y Finch?*

—¿Disculpa? —me volteé, y me di cuenta de que el chico no parecía interesado en mi vida, sino en el desastre que podía dejar mi cabeza reventada en el suelo.

¿Qué clase de persona era?

Ah, claro. Don Casanova.

—Hagamos algo, linda, tú no te tiras y a cambio te doy una noche llena de fantasías —se señaló el pecho con sus pulgares—. ¿Qué?

Es más idiota de lo que creía.

—No intento suicidarme, tampoco quiero una noche contigo.

Pasó junto a la enorme campana con una sonrisa torcida. Se veía tan seguro de sí mismo que realmente pensé que podría ser la próxima víctima de sus engaños y estar bajo los dominios de su lujurioso cuerpo. Pero entré en mis cinco sentidos, aun cuando me sentía acorralada entre la baranda y él.

—No te avergüences. Anda, cuéntame tu problema y veré si puedo solucionarlo.

Estaba claro, él no sabía que lo conocía de la cafetería. No supe si sentirme mal por ello, ya que me hacía ser una invisible ante sus ojos, o sentirme bien, porque no cabía espacio para mí en sus lascivos juegos de mujeriego de alcantarilla.

Opté por la segunda opción.

—Solo vine aquí a leer, pero ya me voy.

Ni siquiera deberías darle explicaciones. Una patada en los huevos debería bastar para que nos deje en paz, y de paso queda estéril para que no engendre a más seres de su clase.

Luego me di cuenta de que no debía incitar a la violencia.

—¿Y qué lees? —curioseó.

—Un libro. Bueno, adiós.

Pasé junto a él encorvando la espalda y desaparecí de su vista pensando en que Thiare y Dell se querrían morir cuando les contase lo que acababa de vivir.

Así fue. Todo muy de libro, ¿no creen?

En lo que llevo conociéndolo actuamos como completos desconocidos. Tanto en clases como en mi trabajo. Parece que no puede reconocer a *La chica suicida* —como me apodó— con una malla en la cabeza. Eso es bueno, pues hasta ahora mis amigas no tienen idea de que ambos somos compañeros.

—Conozco a los de su clase, Thiare —respondo—. Además, sabes que...

—Sí, sí... —pone sus ojos pardos en blanco al interrumpir mi frase—. «Quiero a un chico de libro» —recita en un tono monótono. Seguro que mi pobre amiga está hasta el cuello de escuchar mis plegarias sobre mis romances—. Lo sabemos, Murph.

—Oye, no me culpes. Culpa a los...

—Sí —vuelve a intervenir—. Los libros.

Tras salir del trabajo, Dell, Thiare y yo nos despedimos de los trabajadores que aún no terminan su jornada. Como estudiantes universitarios tenemos la posibilidad de moldear nuestro horario laboral como nos convenga. Mis dos amigas van un año por delante en la universidad; Dell estudia Enfermería y Thiare Derecho.

Yo, en cambio, estudio el maravilloso mundo de las artes escénicas: Teatro.

Cuando le conté la idea a mi familia todos se sorprendieron, pues creían que decidiría estudiar algo que me apasionara más, como Letras. Aunque entré a Teatro porque mis ambiciones son diferentes: quiero vivir siendo la protagonista de una novela romántica, tener mi romance de libro. Quiero crear con mi vida una historia inolvidable. Tengo todo lo necesario para gozar de

mi propia historia de amor, del cliché perfecto, aunque todos crean que estoy más loca que una cabra.

Tal vez tengan un poco de razón..., solo un poco.

—Vamos, Murph, no oigo rebotar esas nalgas.

No, esa no es mi jefa, esa es Dell: mi alocada, amante de los perros y morbosa profesional amiga.

—Estoy leyendo, Dell.

Levanto la vista y me encuentro a mis amigas varios pasos más adelante. Las dos desequilibradas que tengo por amigas me conocen lo bastante bien como para saber que al salir de la cafetería saco un libro y me voy leyendo por la calle. Confío en que ellas sean mis ojos en los serpentinos caminos hasta el paradero.

—Estás en la calle, Murph. Puedes chocar con una puta persona, ¿lo sabías?

Disculpen su vocablo.

—Lo sabe, no le importa —interviene Thiare—. ¿Cómo es que siempre tenemos la misma discusión?

Dell se encoge de hombros, mientras yo guardo mi libro en el bolso. Antes de cerrarlo, la melodía «Für Elise» surge como si saliera del inframundo. Saco el celular, comprobando que tengo un mensaje de mi hermana mayor, Jollie.

SEGUNDA

Queda el último trozo de pizza. Como soy buena hermana me lo comeré :)

—¡Oh, qué pena! —exclama con cinismo Dell, haciendo un puchero como de niño pequeño.

—Adoro a tu hermana —sonríe con satisfacción Thiare—. Ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos a comer pizza donde Marco's?

—Okey, pero tú la pagas —dice Dell mirando a su compañera.



De regreso a casa, escucho cómo mis tres revoltosos hermanos pequeños corren por el segundo piso.

¿Alguna vez han oído lo desastroso y divertido que es tener una familia gigante? ¡Pues bienvenidos a la familia Reedus! Teníamos galletas para los visitantes, pero los trillizos se las devoraron apenas las compramos.

Podría nombrar a los once miembros que conforman mi familia —excluyéndome—, aunque de seguro me demoraría una eternidad explicando las manías y los intereses de cada uno. Lo cierto y relevante de todo es que gracias a mi enorme clan he pensado en mudarme de casa un par de veces, aunque después de un rato entro en razón y caigo en cuenta de que los extrañaría demasiado (y de que los arriendos son muy caros).

Además, alguien tiene que escuchar las penas amorosas del vecino adolescente.

—¡Murphy!

Jollie, mi agraciada hermana mayor, baja las escaleras seguida de Chloe —menor a nosotras—, con una sonrisa que me causa ganas de salir arrancando. Al llegar abajo se acercan enseñándome el nuevo celular que papá le regaló a Jollie para su cumpleaños.

—¿Qué? —interrogo.

Jollie mira la pantalla, pone los ojos en blanco y lanza lo que parece ser un gruñido.

—Mira —vuelve a enseñarme el teléfono. Son mensajes por WhatsApp con un chico—. Tengo una cita el próximo domingo por la mañana.

—Oh...

Le arrebató el celular de las manos para leer.

Es cierto.

¡La maldita tendrá una cita y yo aquí esperando por mi propia historia de amor!

—Se llama Spencer —agrega Chloe, como si no lo hubiese notado antes—. Y es un bombón.

—¿Tienes una foto?

Jollie me quita el celular. En un par de segundos, vuelve a entregármelo.

—Allí está.

—¡Mi-er-da! —exclamo al ver la foto.

Escucho desde la cocina a la abuela regañarme por la grosería que he lanzado, pero tengo un argumento realmente válido para lanzarlo: es Jax Wilson, el casanova que no puede comportarse ni siquiera en clases de Expresión Vocal.

—¿Lo conoces? —interroga Chloe alzando una ceja.

—¿Si lo conozco? Desearía que no.

Me abro paso entre las dos, buscando entre mis bolsillos alguna moneda para dejar en el tarro de groserías. Cuando Finn y yo empezamos a memorizar algunas palabras malsonantes, papá se alarmó, vació el tarro de pepinillos y nos ordenó echar el dinero que nos sobró de la colación como castigo. No nos quitó el hábito de decir malas palabras, pero sí de recibir una penitencia por ello.

Chloe me sigue. Su presencia demanda que responda.

—Es mi compañero —respondo echando las monedas en el tarro—. Y es un idiota, no tengas esa cita con él, Jollie.

—¿Por qué?

Volteo encontrando a Jollie con rostro desesperanzado. Eso me parte el corazón en dos porque suele enamorarse de personas que siempre la lastiman. Hace poco terminó con su novio y hasta entonces su mundo se vino abajo. Seguro vio a Jax como una futura pareja, pero él es todo lo contrario y... y... explotaré.

Exhalo profundamente.

—Por nada.

No tiene caso hablar con Jollie y romperle su corazón diciendo lo embustero que es Jax.

Como sea, hablaré con Jax mañana.